

LA RUTA DE LA MEMORIA

Faustino Míguez: la ciencia al servicio del pueblo

Para muchos de los que hoy leen esta rincón de nuestro pasado, el padre Míguez es un desconocido. Los cercanos al colegio Divina Pastora lo conocerán por ser fundador de la orden del mismo nombre y de la casa de Getafe (1898). Para otros, los que encuentran sus raíces en esta ciudad, será con seguridad algo más. Seguro que a muchos de ellos les han contado sus abuelos cómo, en el Getafe de principios del siglo XX, era habitual la imagen de treinta o cuarenta carros polvorientos y un centenar de personas esperando turno frente al colegio de los Escolapios, para que el padre Míguez les viese y recetase sus panaceas naturales contra la enfermedad.

Para los que creían en sus formulas, el padre Faustino era todo un milagro. Enfermedades hasta entonces poco o mal tratadas alcanzaban curación gracias a los Específicos Míguez, que basaron su éxito en la utilidad terapéutica de las plantas. El prestigio de sus fórmulas se extendió rápidamente y sobrepasó fronteras físicas y humanas

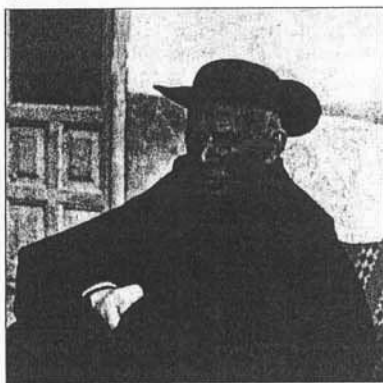
Un ilustre paciente

Tal es así que cuentan que fue llamado por María Cristina, la madre regente, para que curara a su hijo Alfonso XIII. Al parecer, el pequeño monarca padecía una extraña enfermedad sobre la que no acertaban en su curación los médicos de palacio. El padre Míguez dio con ello y Alfonso XIII se recuperó. Datos escritos sobre este hecho no existen, pero parece más que probable su veracidad dada su cierta relación con algunos miembros de la familia real a través de Alejandro Pidal, ministro de fomento con Cánovas. No era la primera vez que Faustino Míguez era llamado como última tabla de salvación por ilustres enfermos: lo hizo con el rector de la Universidad de Sevilla y doctor en derecho Manuel Bedmar, aquejado de diabetes, al que le aplicó su famoso remedio: el Antidiabético. Él mismo habla del éxito de su específico: "La resonancia de este éxito hizo que después, tanto el decano como otros doctores acudieran a mí para la curación de otras enfermedades que dieron lugar al descubrimiento de los demás específicos que iba preparando la directora". Incluso cuenta que fue llamado de París para atender a un paciente. Pero su vocación humana le hizo poner su ciencia al servicio de quien quería: el pueblo.

Los médicos contra él, la prensa, también

Pero la carrera de los Específicos Míguez no estuvo exenta de críticas y zancadillas. Primero fueron los médicos de Sanlúcar de Barrameda, cuando el laboratorio tenía allí su sede, y luego los de Getafe, cuando vivía y curaba en el colegio de los Escolapios. La prensa de entonces también arremetió contra él: hablaban del fraulicho curandero cuando a él se referían, y de los faustinos cuando lo hacían de sus pacientes. En uno de estos artículos se llega a insinuar que el padre Míguez está engañando a la población, calificando su labor como teatro de tráfico medicinal y denunciando la escasez de cada dosis con lo que se elevaba el desembolso por un tratamiento. No les faltaba razón en esto último a la prensa si prestamos atención a las palabras escritas por el propio Faustino Míguez, al percatarse de que el farmacéutico con el que había llegado al acuerdo de la distribución de sus específicos estaba multiplicando los frascos de los medicamentos disminuyendo las dosis de extracto que Míguez le prefijaba. El

prejuicio para los enfermos y para él eran evidentes. Él mismo llegó a escribir: "Para no hacerme cómplice de la criminal conducta del farmacéutico, escribí a las asociadas se encargaran de todo, si querían, que yo no podía ya seguir. Así lo hicieron aceptando las condiciones de distribución del producto obtenido, y designando una que las representase". De esta manera se empieza a dar forma oficial al Laboratorio Míguez hasta que en 1912, cede los Específicos, mediante escritura testamental, a las Hijas de la Divina Pastora, alcanzando en ese mismo año beneplácito oficial por parte de las autoridades sanitarias bajo la dirección de la madre Sagrario Martín, licenciada en farmacia y primera directora técnica del laboratorio.



Las ideas como motor, su tiempo como freno

Con detractores o no, lo cierto es que Getafe, durante cuarenta años, tuvo el enorme privilegio de contar entre sus vecinos con este hombre definido por la ciencia y el tesón. Hemos hablado de su extraordinaria labor en el campo de la medicina y farmacia pero no lo fue menos como educador y profesor. No en vano fundó una orden dedicada a la educación.

No fue fácil su tiempo. El siglo XIX, cuando desarrolla su carrera, está continuamente marcado por las reformas legislativas, financieras y los conflictos políticos, religiosos y sociales. El final de siglo no fue menos convulso: la guerra de Cuba, el asesinato de Cánovas, el desmoronamiento de la sociedad y el surgimiento del socialismo y el anarquismo.

Se produjeron grandes cambios en especial en el mundo de la Educación: no olvidemos al granadino Andrés Marjón, contemporáneo de Míguez y al que probablemente conoció. Ambos pretendían una educación completa, integral y cristiana. Además, conoce y estudia las ideas anarquistas y en especial la Institución Libre de Enseñanza. Es en el último tercio del siglo XIX cuando desarrolla su máxima labor pedagógica en Getafe. Además de estar al frente del internado del colegio de los Escolapios, da clase de latín, griego, historia universal, historia de España, aritmética, álgebra, retórica, poética, trigonometría rectilínea y castellano. Llegó a ser director de este colegio de Getafe. Faustino Míguez murió en Getafe en 1925. Su cuerpo incorrupto permanece en una urna de cristal en el colegio Divina Pastora donde se conserva también su biblioteca y sus objetos personales. El 25 de octubre de 1998 fue beatificado en Roma por el Papa Juan Pablo II.

Enilio Fernández

Para saber más:

Calderón, Sacramento: "Faustino Míguez: investigador y científico"
Faubell, Vicente: "La peripetia de un luchador en un medio histórico adverso"
Skrbó, Ana Federica: "Rumbos Nuevos"